

Cabeza V
2010, acero inoxidable
pulido,
119 x 119 x 82 cm.

ARTURO BERNED

EL JARDINERO DE PALACIO

ANA LOZANO PORTILLO



Riega las seis piezas con el mimo reservado a la flor más delicada, y así extrae toda la fuerza de su textura, toda la intensidad de su paleta de ocres. Seis variaciones entre las elegidas de un juego esencial, de una lúdica combinatoria de unos pocos elementos, justos, precisos, esos y no otros, que en su relación son capaces de revelar el espacio que atesoran.

En el taller, idénticos fragmentos esperan ansiosos ser armados en una nueva disposición, y brindar así unidos esos otros espacios posibles. Los levanta con extremo cuidado, con una sola mano, para posarlos con sosiego al comprobar que cada uno pesa lo que tiene que pesar. Se extasia ante la ruda belleza de un cordón de soldadura continuo; con el aporte exacto de material, aplicado a la temperatura adecuada, que desvelará su perfección al eliminar la espuma que parece flotar delicadamente sobre los planos que han quedado unidos.

La **textura cálida** de una de las obras de Arturo Berned.

Me dice que ya conoce todas las “letras” –la plancha de 2, de 3, de 4 y de 5 milímetros, la que cabe en el salón, la que puede abrazarse y la que se contempla a mayor distancia...– y que empieza a formar sus primeras palabras. Pero en realidad lleva mucho tiempo contando bellísimos cuentos y recitando poesía en los jardines de palacio. No le he oído cantar, pero sus esculturas, cuando las acaricia el sol del mediodía, entonan un suave silbido.

Acero humano

El discurso geométrico es el mimbre con el que se alumbran todas sus creaciones, y el garante de una armonía que les confiere paz y quietud, que invita al sosiego. El trabajo sobre la escala, una escala antropométrica, referida a la persona, las humaniza hasta el punto de instalarse instintivamente entre las chapas que confinan el vientre materno de su gran Dama. La matemática, esa ciencia capaz de parametrizar

nuestros sueños, afianza en sus formulaciones más bellas la elegancia de unos bocetos instintivos, que ensayan felizmente con la magia de sus trazados reguladores. Como en sus maestros Eduardo Chillida o Martín Chirino, este ejercicio complejo, de armonización de dimensiones seriadas, de contrapesos, de desafiante y delicado apoyo de sus místicas piezas en tres vértices, nos regala unas obras de aprehensión sencilla, de inmediato diálogo, de cálida conversación. Entre bambalinas queda el proceso de búsqueda de ese equilibrio imperfecto, de una partitura permanentemente inacabada, que se materializa cada vez que debe sonar la música. Los planos se sellan en unas aristas que la mirada recorre con la intensidad de una caricia interminable, y cuando ésta parece haber alcanzado ese punto alto que culmina a dos metros y veintiséis centímetros, inicia de nuevo el descenso por el anverso de una cinta que envuelve delicadamente al verdadero protagonista: el espacio. Ese espacio que dormía como el genio de la lámpara y que despierta y se revela jovial y travieso cuando la mirada frota el metal. Y nos concede tres deseos.

El deseo de alcanzar el sol, cuando sus rayos reposan en unos planos de acero, cortan y se vuelven fuego, cautivados por los reflejos de los otros, y en ese juego de luces reverberadas quedan presos. El deseo de atrapar la luna, cuando son plateados los halos de las planchas de acero inoxidable, brillantes y tersas, revelan en su paleta de grises todas sus caras.

El deseo más anhelado es el de esculpir el espacio, sentir su presencia. Extraerlo intacto de un molde que se desdibuja, etéreo en su masa

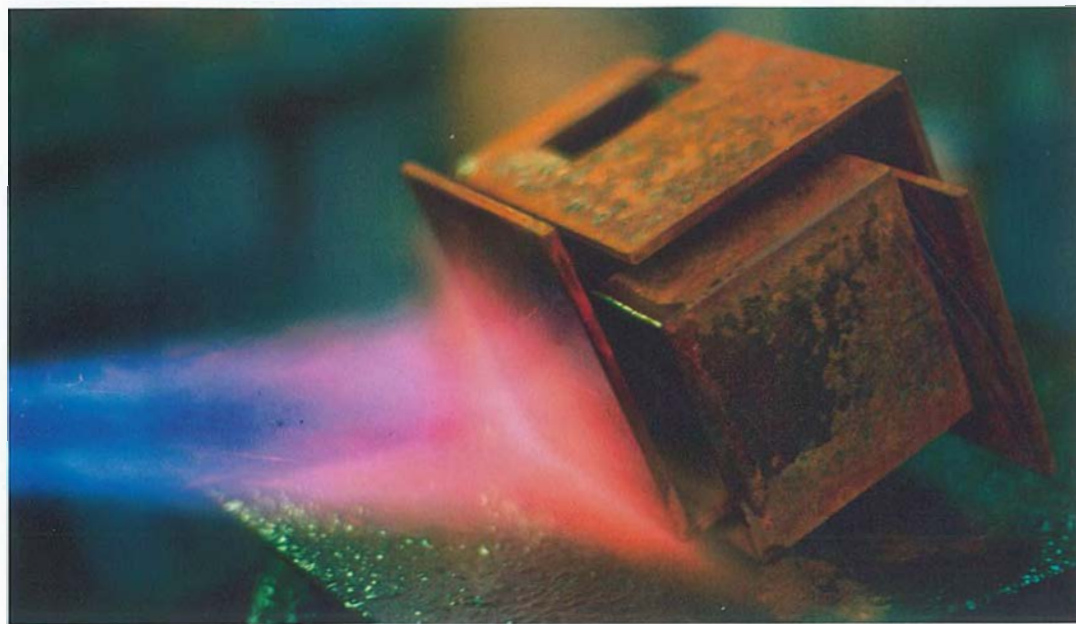


CINTA II
2011, chapa de 4 mm,
acero inoxidable,
189 x 207 x 97 cm.

Y el deseo más anhelado, el de esculpir el espacio. El de sentir su presencia. Extraerlo intacto de un molde que se desdibuja, que se vuelve etéreo en su masa, como la gema que pertenece a la roca. Ese espacio que convierte el vacío en materia transfigurando las masas metálicas en haces de luz y de sombra.

Arturo Berned exige a la arquitectura y a la escultura que comulguen juntas en la simbiosis arte-ciencia. El rigor de la métrica condicionada a la dimensión humana, la composición reglada,

declinada en series de números irracionales, la honestidad constructiva y el compromiso de servicio, son postulados del movimiento moderno que imprimen a su obra validez atemporal. Alvar Aalto desvela en *La trucha y el río* (1947) cómo aborda el proyecto, analizando exhaustivamente las condiciones de partida para luego apartarlas momentáneamente y entregarse a un ejercicio intuido de síntesis, muchas veces pictórico. Le Corbusier hace su canto a la matemática en *El poema del ángulo recto*, verdadero manifiesto de actitud creativa implicada en la razón y en la ética e ilustrado por diecinueve litografías cargadas de símbolos. Los dibujos preliminares de los proyectos de Peter Zumthor, como el de manchas de



Cabeza II
2010, chapa de 4 mm,
acero inoxidable pulido,
80 x 66 x 101 mm.

El fuego acaricia una
de las piezas del escultor
en su taller.

agua, piedra negra y luz de las Termas de Vals, son abstracción simbólica del argumento creativo.

Como estos grandes maestros, Arturo Berned imprime a su escultura una lírica que trasciende los impedimentos de la arquitectura. Su búsqueda de los opuestos nos embarca en un juego de transmutaciones donde el dentro se vuelve el fuera, lo pesado se mantiene en un mágico estado de levitación al apoyarse en tres vértices de superficie cero, lo inmenso se torna pequeño y el fondo enmarcado entre sus cintas nos da cuenta de la infinitud. Y como él mismo gusta de decir, no es más que el principio. El aprendiz ha dado ya con la fórmula de una rara alquimia que le aproxima al maestro.

ARTURO BERNED. ESCULTURA DE PROCESO

19 enero - 2 mayo